

# GOYO Y EL CUARTO ROPERO

Por GERARDO LOPEZ DE AYALA

«El vino que nos resta y nos iguala»

JOSE ESTEBAN GONZALO

**S**OBRE la cancela, un azulejo indicaba: 55. Puerta de Servicio. Pulsó el timbre, arreglándose el nudo de la corbata. A través de la verja eran visibles parte del jardín y la casa, semiculta por los árboles del fondo que se elevaban hasta el tejado de pizarra. «Qué bien vive esta gente», suspiró admirado.

Un hombre avanzaba por el sendero, acudiendo a la llamada. Adivinó a Félix, el mayordomo, por el extraño chaleco a rayas.

—Buenas tardes.

Sin responder, el hombre se detuvo junto a la cancela con un gesto de interrogación.

—Soy Goyo, el marido de Felicianita... —Ah, sí, Gregorio —franqué la puerta y Goyo dudó alargarle la mano—. Le esperábamos, pase.

—A lo mejor vengo con retraso; estas calles me parecen todas iguales, no encontraba la casa —la arenilla del sendero chirriaba bajo los zapatos nuevos de Goyo mientras caminaban.

—No. Es buena hora. Celebro que los señores indicasen a Felicianita que viniera a ayudarnos —aseguró el hombre del extraño chaleco a rayas.

Traspusieron la entrada, cruzando a la cocina. Un ambiente cálido, denso, rodeó a Goyo de inmediato. Reparó en las bandejas, ya dispuestas, cuyo contenido no le era familiar. Apañadas en torno a una mesa, en un rincón, varias personas cenaban.

—El señor es Gregorio, el marido de Felicianita —señaló indicándole el hombre del extraño chaleco a rayas.

Inclinó la cabeza, correspondiendo a los saludos.

—Felicianita era muy apreciada por todos. ¡Estuvo tantos años en la casa! Ah, perdón, ¿Quiere cenar con nosotros?

—Gracias. Tomé un bocadillo al salir de casa.

—Como guste. Si le parece, entonces le indico su labor en un momento y vuelvo a mis ocupaciones.

Le siguió a lo largo del corredor. El hombre del extraño chaleco a rayas se detuvo para iluminar el último tramo de pasillo.

—¿Y los señores?

—En sus habitaciones, arreglándose. Les saludó luego si acaso. Les advertiré de su llegada. ¡Estarán tan ocupados esta noche!

Girot un nuevo interruptor iluminando un cuarto pequeño, sin ventilación, con las paredes pintadas de gris pálido. Unas varillas de metal, paralelas a la pared del fondo y repletas de perchas, lo convertían en cuarto-ropero. A la izquierda, un anaquel con botellas y más cajas de licores apañadas en el suelo. Enfrente, una pequeña mesa y una silla.

—Es muy sencillo —explicó el hombre del extraño chaleco a rayas, señalando las perchas—, la doncella le entrega los abrigos al tiempo que le dice el nombre y usted —tomó unos papillitos traspasados por alfileres de la mesa— busca

el nombre, prende el papillito en la manga y lo cuelga. ¿Qué le parece?

—Muy bien.

—Verá, es una pequeña innovación mía. Antes entregábamos fichas numeradas, como en los guardarropas públicos. Con tal procedimiento, jamás estuve conforme. Estimo que la obligación de un buen servidor consiste, precisamente, en vigilar estos pequeños detalles que escapan a los señores. Y es bochornoso que a un invitado, amigo de la casa, se le entregue una chapa como si se tratara de un extraño y en un lugar público.

—Tiene razón. Hace muy mal efecto.

—Naturalmente. Y no crea que no supone esfuerzo para mi reconocer a cada persona invitada... En fin, perdón, no le he mostrado todo su trabajo. Aquí —señaló el anaquel y las cajas apañadas en el suelo— están los licores. Entrega las botellas a los camareros a medida que las soliciten, cuidando de llevar una relación mental al menos. Estos camareros son ajenos a la servidumbre de la casa y no es que los señores desconfinen ni escatimen, pero a veces, ya sabe, se abusa de su confianza.

Lanzó una ojeada de aprobación en torno suyo.

—Todo claro, ¿verdad? Es muy sencillo. Y ahora vuelvo a mis ocupaciones. Sírvasse una copita de licor si lo desea, mientras espera. Descorche usted mismo una botella. Aquí —buscó removiendo en la estantería— debe de haber un vaso.

—Por favor, no se moleste.

—¡Pero si no es molestia! —aseguró el hombre del chaleco a rayas sumergiéndose en la oscuridad del pasillo—. Hasta luego y gracias.

Goyo se dejó caer en la silla, paseando una mirada atenta por la habitación. «Toda la santa noche aquí metido. ¡Menudas distracciones me busca Felicianita!» Recorrió los nombres escritos en los papillitos. Algunos le eran familiares, nombres repetidos machaconamente por la radio y la prensa. «Gente toda de peso. No viene ningún pelotas.» Se incorporó encendiendo un pitillo. «El hombre ese del extraño chaleco a rayas es amable, pero no me gusta un pelo. Que si los señores esto, que si los señores lo otro. Demasiado pelota, diría.» Observó con curiosidad las botellas hasta localizar una, descorchándola con esfuerzo. Se sen-

tó con el vaso entre las manos, depositando la botella en la estantería. Permaneció atento a la oscuridad del pasillo; nada turbaba la tranquilidad de la casa. Seguirían cenando en la cocina. Chasqué los labios con placer, tras paladar el vino. «Vaya vinillo rico. ¡Qué bien vive esta gente! Resuelto todo, sin preocupaciones. En cambio otros... En fin, ¡qué se le va a hacer! La gracia es que alfojen una buena propina... Lanzó la colilla al suelo, pisándola. A ratos se llevaba el vaso a los labios, bebiendo a pequeños sorbos. «¿Mil pesetas tal vez? No, es exagerado. Me han hecho venir sólo para justificar el aguinaldo. Esto ni es trabajo ni es nada... Lo que ha dicho Felicianita: con sacar para los zapatos de las niñas podríamos conformarnos. ¡Al precio que tienen el calzado!» El vino se había agotado en el vaso y dudó servirse más. La casa proseguía en silencio. Decidióse y, mientras lo vertía, unos pasos le hicieron volver la cabeza.

—Buenas tardes.

Quedó indeciso con la botella en la mano, sin saber qué hacer. Unos ojos alegres le contemplaban desde la puerta. Bajo la cofia blanca resplandecía la cara muy morena. Experimentó una sensación de alivio.

—Me dijo el mayordomo, ¿cómo se llama? Félix, sí, que me sirviera un vasito y está tan rico el vino que repito por mi cuenta.

—Usted es el marido de Felicianita, ¿verdad? Soy Remedios, la doncella, y Felicianita y yo éramos muy amigas.

—Lo recuerdo, sí, me habla de usted con frecuencia. Y qué, ¿ha decidido permanecer en la casa?

—¡Qué remedio! Para estar igual o peor en otro sitio... Mientras no salga para casarme y ni siquiera tengo novio... Esto le decía el otro día a Felicianita cuando estuvo aquí con las niñas, unas niñas muy majas...

—Es cierto que lo son. ¿Se fijó cómo se parecen a su madre? Tienen la misma cara.

—También a usted se parecen, que no está mal.

Goyo apuró el contenido del vaso de un trago.

—Agradezco la flor, pero quí, se parecen a su madre tan sólo. ¡Arregladas

estarían las pobrecillas si salieran a mil En fin, es la vida. Por ellas estoy aquí, con lo que me desagrada estas cosas...

—¿Por qué? ¿No se encuentra a gusto entre nosotros?

—¡Si apenas les conozco y total una noche...! No, no es eso. Es, ¿cómo le diría? Es el ambiente. Que me resulta extraño todo esto. Aparte que mi profesión es diferente. Soy mecánico de oficio.

—Dicen que no está mal pagado ese trabajo.

—¡Pah! Igual que todos. En el extranjero es otra cosa. Está muy considerado.

—No tardarán en llegar los invitados —aseguró Remedios—. Estos días no los deseo yo a nadie. Nos levantamos al amanecer y dale que te pego para tenerlo todo a punto. Luego verá a qué hora terminamos.

—Sí que debe ser duro, si —afirmó pensativo—. Oiga una cosa, ¿me tratará usted eso? Los abrigos, quiero decir. Como no tengo costumbre a lo mejor cometo algún error y luego...

—Descuide. Le echaré una mano. Ahora tengo que irme. Luego nos veremos. Y no sea tonto, bébase otro vaso. Además que tiene que pasar la noche aquí metido...

—Está bien la chavala —los pasos se alejaban en el pasillo—. Es simpática. ¿Qué le contaría mi mujer cuando nos conocimos? Si pudiera saber uno esas confidencias...

Paseó la habitación, las manos a la espalda. «Toda la santa noche encerrado. ¡Válgame Dios! Si llevo a saber esto me traigo cualquier cosa para matar el tiempo.» Se detuvo tomando la botella de la estantería, mirándola al trasluz. Bebió un sorbo rápido, secándose la boca con el dorso de la mano. De pronto sonó un timbre en la casa. Regresó a la mesa, dejando la botella en su sitio. Un reflejo de luz iluminó las paredes del pasillo. Permaneció expectante al ruido de pasos y saludos. Al rato, la figura de Remedios se destacó en la puerta con un abrigo en la mano.

—El primer invitado. Señor... —revolvió entre los papillitos—. Se prende en la manga y a la percha. ¿Se da cuenta qué sencillo?

—Ya lo veo —exclamó Goyo ayudando a colgarlo con un gesto de hastío.

—Pero qué le pasa, hombre... ¿No le gusta el templeo?

—La verdad, no lo comprendo. ¿Que necesitan una persona para hacer esto!

—Alguien tiene que colgar los abrigos. ¿Qué van a hacer si no con ellos?

—No sé. Dejárselos puestos. O que vengan como yo, sin él.

—¡Ay! Qué tremendo es usted...

«Ha comenzado la función». Examinó con interés el abrigo al tiempo de salir Remedios. El nombre del papillito no le decía nada. «¿Cómo será este tío? Y a mí qué más me da.» Encogióse de hombros, volviendo hacia la puerta. «Con un poco de suerte sólo sé de estas personas cómo tienen el abrigo.»

Durante un buen rato el timbre sonó continuamente y en sucesivos viajes de Remedios, fueron llenándose las perchas. De señora y caballero, de oscuros, elegantes, lustrosos, bien cortados abrigos. La casa perdió gravedad y un sonido de voces, de pasos, parecía crecer en todas partes, difundándose a través del





pasillo. Goyo se sentó, aguardando. Comenzaba a relajarse cuando Remedios hizo una nueva aparición, mostrando un abrigo de piel casi con cierto orgullo.

—¿A que no sabe de quién es?

—No tengo idea.

—De la señora marquesa de... —la voz se hizo un murmullo junto a su oído.

—¡No me diga! Pues no he caído en el nombre al repasar los papellitos.

—Que no se habrá fijado. Porque tiene que estar. Viene sola, sin el marido.

—Ya, ya. ¿Qué tal es el abrigo?

—De lo mejor, un visón. Donde lo ve, cuesta lo menos treinta mil duros.

—¡Qué barbaridad! Creía que los más caros eran esos como de ricinos negros —señaló hacia las perchas—. Aquél, por ejemplo.

—No, eso es astracán. Caro también, pero menos. El visón es mejor, más elegante.

—Lo pondremos entonces en un lugar de honor.

—¡Nada de eso, a la percha común!

—Ah, pero, ¿usted también? En fin, nosotros los democratas... ¿Es el último ya?

—Seguramente. Estos —señaló los papellitos que faltaban por prender— se habían disculpado con los señores. Me voy, comenzarán a servir la cena de un momento a otro.

—¿Y qué hago yo ahora?

—No sé, hable usted con los abrigos.

Contempló sin interés la doble hilera de prendas colgadas de las perchas. «Un abrigo de treinta mil duros. ¡Qué barbaridad! Justo lo que necesitábamos en casa para vivir dos años, dos años y medio.»

Buscó en el anaquel la botella, apurando un largo trago. Un ruido de pasos precipitados procedía de la cocina. Los ecos de las conversaciones parecieron amortiguarse. Una música suavísima, lejana, surgió de pronto, imponiéndose a los demás ruidos, como si reclamara para sí sola todo el vacío del silencio. «Cenan con música, no se privan de nada. ¡Qué bien vive esta gente!» Apuró un nuevo sorbo, dejando la botella sobre la mesa. Era agradable aquel vinillo. Producía una sensación cálida, lentamente esparcida en las venas, como de seguridad y confianza. «Tal vez me siente mal. Es fuerte y no lo aparenta... además, a palo seco. ¡En los talones tengo ya el bocadillo...!»

«En qué matar el tiempo? Miró hacia los cajones del suelo. Muchas de esas botellas no las pagaría con el jornal de una semana. «Tal vez lo beban todo, qué bestias. Tay vez lo beban todo y haya que acompañarles a casa, cuidando que no tropiecen y se caigan. Por aquí, señores, por aquí —murmuró en voz alta y en el silencio de la habitación su propia voz le sonó confusa y extraña—. Que no estropee vomitando la señora marquesa su vistoso abrigo de ciento cincuenta mil pesetas... Pero, ojo, ¿qué pasa?» También él había bebido, qué caramba. Estaba hablando solo, en voz alta, tan tranquilo. Comenzaba a hacer sus efectos el vino. Y toda la noche allí encerrado, hasta que el último abrigo se largara. Daría cualquier cosa porque todo hubiera terminado. Respirar el aire fresco caminando hacia casa, acostarse, fumar en la cama... Encendió un pitillo, lanzando con fuerza el humo al aire ya bastante cargado. Apuró el resto de la botella dejándola vacía en la estantería. Repasó con atención las otras; una había sido descorchada. La examinó al trasluz, paladeando un sorbo; era un licor agradable, dulce, depositó la botella sobre la mesa para tenerla más a mano. La música llegaba a jirones del salón, desapareciendo desmayada y volviendo a surgir de nuevo. «La música.» Empinó la botella de cara a los abrigos. «Por favor, una nueva obertura.» Extendió los brazos, moviéndolos con fuerza, al ritmo de la música, entusiasmado de su esfuerzo. «Vamos ya, señores profesores...»

Cayó, fatigado, en la silla. Una apatencia seca le escocía en la garganta. Bebió un trago y después otro. «No puedo beber y dirigir la orquesta así al unísono, como si dijéramos. Me gusta esta palabreja, al unísono. ¿Dónde la habré aprendido...?» Una niebla, cada vez más espesa, le latía en la cabeza. «Tengo que moderarme... permanecer al menos sereno hasta que acabe... Si alguien viniera a hacerme un poco compañía...» Unos metros más allá habría gente, conversando y riendo en el calor de la compañía que anhelaba... Gente que cenaba bajo luces espléndidas, con problemas menudos, necesidades cubiertas, sin agobios de zapatos que comprar a los niños... y con Goyo en el cuarto contiguo, cuidando sus abrigos.

Contempló el conjunto de perchas, buscando distracción. Era inútil. Los

abrigos no le interesaban. Acaso uno sí, el de la señora marquesa. Se incorporó, haciendo una reverencia. «Y ustedes, señores comparsas, no se rían —exclamó dirigiéndose a los otros—. ¿Sienten envidia? Qué duda cabe, envejecerían antes que la piel de la señora marquesa...»

—Pero, ¿qué hace usted? —exclamó una voz a su espalda. Volvióse encontrando la mirada burlesca de Remedios—. ¿Hablando con los abrigos?

—No me dijo antes que charlara con ellos?

—En bromas, por supuesto. Para mí que ha bebido usted más de la cuenta.

—Pero, ¿y ellos? ¿No beben? —señaló hacia el fondo del pasillo—. ¿No estamos aquí para divertirnos? Todos tenemos derecho.

—No, sólo ellos han venido a divertirse. No confundamos las cosas.

—Ese es el asunto. ¿Si al menos me dieran ocasión de justificarme! Pero, ¿qué hago yo aquí, dígame usted? Solo, alejado como un perro, cuidando unos abrigos...

—¡Señor! Pero qué disparatado está este hombre —exclamó Remedios riendo.

—No, si es verdad. Preferiría dar el cable trabajando, aunque sea menos cómodo. Eso pienso, al menos.

—Y yo lo que pienso es que no debe beber más. ¡Tan modosito como parecía al principio!

—¡Un momento! Que la bebida nada tiene que ver con lo que estoy diciendo.

—Si tan disgustado está, ¿cómo ha venido?

—Toma, ¿y yo qué sabía?... Además tengo que comprar zapatos a las niñas; me hace falta dinero. Por mi gusto no ha sido.

—Lo comprendo. ¡Pero levante el ánimo, hombre! A usted el vino parece ponerle triste.

—No es el vino, sino otras cosas —exclamó Goyo. Y guardaron silencio. Al rato, se volvió, con una urgencia en la voz, como si recordara algo—. Escuche, sólo entrar en la casa he visto una cosa para disgustar a cualquiera, ella sola. Entro en la cocina y me fijo en la cena preparada para los invitados, y ustedes en un rincón comiendo cualquier cosa. Igual que a los animales se les echa el pienso. ¡Como si no fueran personas como ellos! ¡Caray, que hace falta malas entrañas para hacer eso!

—Es cierto. Pero sucede en todas las casas grandes. Dicen que para equilibrar el presupuesto.

—Habría que equilibrar muchas cosas en el presupuesto.

—Tal vez tenga razón. Y ahora una cosa: no le conviene beber más, en serio. Si quiere le traigo algo de comer.

—¡Pero si no tengo apetito! Se lo agradezco. Mejor necesito algo de compañía; la que tengo ahora...

—¡Con el traje que nos traemos! En cuanto pueda vuelvo otro rato, lo prometo.

Sentía un malestar hondo. Ocultó, abatió, la cabeza en los brazos, desplomándose en la silla. «No debo beber más, tiene razón.» Un afán de no disimular su estado le iba ganando. En las venas le latía un calor nuevo. Levantó la cabeza hasta los abrigos. Voces y pasos llegaban del pasillo. La música proseguía con un ritmo moderno, incoherente, con la incoherencia misma que bullía en su cabeza. Tuvo una sensación agradable, casi de alegría. «La música es lo más grande que se ha hecho.» Como un amigo que llegara en el aire, del otro lado del pasillo. «Es tremendo.» Comenzó a seguir el ritmo, bailando, sin reparar en el camarero detenido en la puerta, que le observaba divertido. Al verle, Goyo hizo un gesto de sorpresa.

—¿A usted no le gusta la música?

—preguntó deteniéndose.

—Menuda música tengo yo ahí dentro —el hombre hizo una pausa, señalando la estantería—. Necesito unas botellas.

—Cójalas usted mismo. Brindaremos por la música —dijo ayudándole Goyo—. La música es lo más grande que se ha hecho.

—Para músicas estoy en este momento. ¡Usted parece pasárselo a lo grande!

—Hago lo que puedo.

Empinó la botella, mirando con indiferencia los abrigos. La música proseguía, más animada que nunca. ¿Por qué no salir y contemplar la fiesta? «Voy a conocer a sus verdaderas perchas, señores», dijo a los abrigos, saliendo al pasillo. La claridad del salón le detuvo de pronto, sorprendido. Allí estaba la música y las luces ocupándolo todo, flotando sobre las parejas, más arriba del último anillo de humo de los cigarrillos. «¡Cuánta luz! —exclamó— SIGUE

## GOYO Y EL CUARTO ROPERO

¡Cuánta luz! Un hombre de etiqueta, con una copa en la mano, le miraba desde el bar. Quedó sobrecogido, como si se le hiciera patente su insignificancia en aquel ambiente elegante, distinto. El hombre proseguía observándole indiferente, vacilando. Goyo probó a hacerle una reverencia. «Debe de estar borracho como yo... ¿Quién sabe? ¡A lo mejor es un tío sano!» Un ruido, a su lado, le hizo volverse. Amparado en la oscuridad le contemplaba el hombre del chaleco a rayas.

—¿Qué hace usted?

—Sólo quería... —una mano descansó con violencia en su brazo. Guardó silencio, indeciso.

—Por favor, vuelva a su sitio.

Regresó al cuarto. El hombre del chaleco a rayas lanzó una mirada acusadora a las botellas descorchadas.

—¿No se encuentra bien? —preguntó con acritud. Goyo hizo un esfuerzo para articular con claridad:

—Perfectamente.

«Que piense lo que quiera.» Sentóse con la cabeza entre las manos, recostado en la mesa. Una voz interior parecía susurrarle: «Tienes que dominarte.» Hizo un esfuerzo por mantenerse erguido. El tubo fluorescente bailaba en el techo, arrancando destellos vacilantes al vidrio de las botellas. El anaquel daba vueltas. «Deben estar mirándome los abrigos.» Y la voz interior: «No te abandones. Tienes que dominarte.» Hundió de nuevo la cabeza entre los brazos. «Diré que no me encuentro bien... El aire de la calle...» La música sonaba a trompicones. Todo a su alrededor comenzaba a alejarse. Aguantó las náuseas en la misma postura, sin apartar la cara de los brazos. «El aire de la calle...» Vacilaba el suelo y la mesa y la silla. Vacilaba el aire. Las impresiones se borran abriendo paso con lentitud a imágenes confusas, desarticuladas. Los zapatos... Feliciano. Un último esfuerzo que no encontraba eco. Y luego todo oscuro, vacío de tiempo... Luces, reflejos. Imágenes de nuevo. Una mirada detenida en su espalda. Una voz de mujer que le era familiar. Pisadas, movimiento. Y otra vez el silencio...

Se incorporó, confuso, con un esozor molesto en los párpados. La cabeza le daba vueltas, doliéndole. Miró a su alrededor. Se hallaba solo. Los abrigos habían desaparecido de las perchas. Dio un respingo, restregándose los ojos. Permaneció atento a los ruidos de la casa... Silencio. La realidad anterior se había esfumado. Hizo un esfuerzo por sobreponerse al malestar que le invadía. «Será mejor que salga para ver qué ha ocurrido.» Cruzó la oscuridad hasta detenerse al final del pasillo. Contempló el salón vacío, las luces amortiguadas. Unos camareros recogían el servicio. Reconoció al hombre de las botellas, que le lanzó una mirada burlona.

—¿Qué? ¿Ha despertado de la siesta? Le tiene usted contento al del chaleco a rayas —prosiguió, sonriendo con complacencia a sus compañeros.

—Usted es un esquírol —aseguró Goyo, confuso, volviéndole la espalda. En el pasillo tropezó con el hombre del chaleco.

—Dormía profundamente cuando recogimos los abrigos —le reprochó con aspereza.

—Lo siento —su mirada se hizo suplicante, latiendo la voz esperanzada.

—¿Y ahora?

—Ahora puede usted marcharse. No precisamos de su ayuda —recalcó con ironía la última palabra.

Caminó hacia la salida, abatido. Una impresión penosa le embargaba.

—¿Y Remedios? —preguntó de repente.

—Arriba, acostada... —respondió, sorprendido, el hombre del chaleco.

Cruzó la cancela, acechado por un pe-

sar nuevo. En la puerta, el hombre del chaleco se despedía. Apenas le entendió decir:

—Buenas noches. Los señores hablarán con Feliciano...

Se encontró en la calle, vacía, solitaria. El mareo no le había cedido. Hacía frío. Los faroles, a trechos, rompían la oscuridad brumosa que precede al amanecer. Encendió un pitillo, arrojando la cajetilla vacía, hecha una pelota, al suelo. Caminó sin rumbo, calle abajo. «Daré un paseo hasta despejarme por completo. Será mejor.» Multitud de sentimientos parecían fustigarle, produciéndole un malestar casi tan hondo y evidente como el del mareo. Levemente intuyó que Feliciano se enteraría pronto de todo, sabría la verdad de labios del hombre del chaleco o de los señores tal vez, más apañada y discreta, pero al final lo mismo. «Qué idiota he sido... Pero, ¿por qué bebía?» Una tristeza violenta le sacudió, haciéndole temblar como un sollozo. Aapresuró el paso. «Presentarse en casa sin una perra chica, teniendo que confesar esto... Se quedaron las niñas sin zapatos nuevos... Soy un payaso, un desgraciado que no debiera haber nacido...»

Comenzaba a clarear. Se teñían levemente un grupo de nubes en el cielo plomizo. La ciudad despertaba, inundada de pequeños ruidos. «Me hará bien dar un paseo, me voy a acostar y cuando me levante lo cuento todo más sereno.» Los primeros tranvías chirriaban con estrépito. Grupos de hombres, cada vez más numerosos, invadían las aceras caminando sonámbulos, golpeados por el sueño. Alguien, al cruzar, tropezó en su brazo y una voz exclamó:

—Despierta, compañero.

Goyo se detuvo. Le era familiar aquel chirriar de tranvías, aquel paisaje soñoliento de hombres acudiendo de madrugada al trabajo. Era un amanecer idéntico al de ayer, al de mañana quizá, común en absoluto al de todos los días de su vida en muchos años. Un amanecer que parecía reclamar su gesto habitual e incorporarle, de golpe, a la realidad cotidiana que advertía entrañablemente suya... Y junto a la pesadumbre, comenzó a brotarle un sentimiento nuevo, confuso, de extraño regocijo, como si se encontrara realizado algún antiguo anhelo... «Tengo un oficio. Tengo un oficio y un puesto de trabajo, al fin y al cabo... ¡Se reirán en el taller cuando les cuente esto...!»

Caminó unos pasos, penetró en un bar. «Tomaré una copa para reanimarme y disipar el mal cuerpo. ¡Cuánto bebí anoche! No quiero pensar. ¡Lástima no poder despedirme de Remedios...» Se acomodó en el mostrador esperando que le sirvieran. «De todas formas será difícil explicar a Feliciano lo que me ha pasado...» A su lado, dos hombres —los únicos clientes— con la tartera bajo el brazo, apuraban un vaso charlando.

—Todo cambiará y será distinto —decía uno.

Se palpó los bolsillos buscando el tabaco. Recordó haber arrojado el paquete. Preguntó si vendían y uno de los hombres se adelantó ofreciendo la petaca.

—Tome. Aquí no tienen de nada.

Había amanecido por completo. Un sol tímido se escurría por las fachadas iluminando la acera a trechos. La calle daba los últimos bostezos, renacida a la actividad de la muchedumbre que transitaba, hombres y mujeres una vez más abiertos a las inquietudes de cada día... Goyo señaló los vasos vacíos, el suyo y los de sus compañeros, alzando hasta el mostrador la mirada en que, junto a la luz nueva, se reflejaba la pasada tristeza y el cansancio.

—Más vino —dijo.



SIMBOLO DE CONFIANZA

## ASPIRINA

Combate toda clase de dolores  
enfriamientos gripe reumatismo

Cada tableta contiene:  
0,5 gr. de ASPIRINA

## Cafiaspirina

Restablece el bienestar y el optimismo  
en la fatiga mental o muscular

Cada tableta contiene:  
0,5 gr. de ASPIRINA  
0,05 gr. de cafeína

(Trimefentanina)

C. F. 19.107 - 72.109

LOS PRODUCTOS  
DE FAMA MUNDIAL

SOLO UNA TABLETA ES LA DOSIS NORMAL

Al fin... un depilatorio con buen olor

## OPILCA DEPILATORIO

Suave e  
inofensivo



Quita en un instante  
y sin olor molesto  
el vello de las

AXILAS  
PIERNAS  
Y CUTIS



Agentes en España

Max S.C.

— COSMÉTICA GENTIL —